

tres armas al través de sus desfiladeros, considerábase imposible, y jamás había sido ni proyectado siquiera, antes de que San Martín lo intentara. Hacer rodar por estos precipicios artillería de batalla, transmontar las cumbres sucesivas con cuatro ó cinco mil hombres, llevar consigo además de las municiones y del armamento de repuesto, los víveres necesarios durante la travesía, y las mulas y los caballos necesarios con sus forrajes para el transporte del personal y del material, y llegar reconcentrados en son de guerra al territorio enemigo defendido por semi-doble fuerza, calculando los movimientos combinados de manera de obtener la doble victoria que se buscaba sobre la naturaleza y el enemigo, tal era el arduo problema que tenía que resolver el general y el ejército de los Andes para invadir á Chile. Era, con la originalidad de un genio práctico y combinaciones estratégicas y tácticas más seguras, la renovación de los pasos de los Alpes que han inmortalizado á Aníbal y Napoleón, paso que sería contado entre los más célebres hasta entonces ejecutados por un ejército, hasta que á imitación de él se realizara más tarde otro igualmente famoso en los Andes ecuatoriales por otro libertador tan grande como el del sud.

San Martín, que « no dormía pensando en los inmensos » montes que debía atravesar», tenía que resolver otros problemas más arduos que el del paso mismo. Determinar las líneas y los puntos estratégicos de la invasión; calcular las marchas divergentes y convergentes y la concentración de sus columnas sobre el punto débil del enemigo; ocultar el verdadero punto de ataque, y caer como el rayo al occidente de las montañas, fulminando en un día el poder español en el extremo sud de la América, al dar con sus cañones la señal de la guerra ofensiva de la revolución argentina, tal era la complicada tarea que el general de los Andes tenía que desempeñar. Así, las diversas rutas que trazaba en sus mapas y los itinerarios que señalaba en sus instrucciones, eran como los

radios de su círculo de acción de operaciones preliminares, cuyo eje estaba en el campamento de Mendoza. Ya no era la montaña la que le quitaba el sueño, sino la llanura que necesitaba pisar al occidente para combatir y triunfar. Él mismo lo ha dicho en vísperas de abrir su memorable campaña: « Las medidas están tomadas para ocultar al enemigo el punto de ataque; si se consigue y nos deja poner el pie en el llano, la cosa está asegurada. En fin, haremos cuanto se pueda para salir bien, pues si no todo se lo lleva el diablo » (3).

II

Como se ha visto, San Martín procuraba persuadir al enemigo que su invasión se dirigía al sud de Chile, cuando según su plan ofensivo proponíase verificarlo por el centro. Uno de los principales objetivos de su guerra de zapa, fué constantemente éste, y para ello engañaba con sus comunicaciones supuestas y sus confidencias incompletas á amigos y enemigos, guardando su secreto hasta el último momento. Para afirmar al presidente Marcó en esta creencia, imaginó un nuevo ardid de guerra, que como todos los suyos llevan el sello de la novedad de un ingenio fecundo en expedientes.

Desde 1814, el gobernador de Cuyo cultivaba relaciones amistosas con los indios pehuenches, dueños entonces de las faldas orientales de la cordillera al sud de Mendoza, á fin de asegurar por los pasos dominados por ellos el tránsito de sus agentes secretos de Chile y tenerlos de su parte en caso de invasión del enemigo (4). Al tiempo de reconcentrar su ejér-

(3) Carta de San Martín á Guido, de 13 de enero de 1817. (Arch. San Martín, vol. LVIII. M. S.)

(4) « Entre los medios que adopté para la seguridad de esta provincia

cito en el campamento del Plumerillo, propúsose renovar estas relaciones, con el doble objeto de engañar al enemigo respecto de sus verdaderos planes y dar mayor seguridad y más importancia á las operaciones secundarias que meditaba por los caminos del sud. Al efecto los invitó á un parlamento general en el fuerte de San Carlos sobre la línea fronteriza del Diamante, con el fin ostensible de pedirles tránsito por sus tierras, haciéndose preceder de varias recuas de mulas cargadas de centenares de pellejos de aguardiente y barriles de vino, dulces, telas vistosas y cuentas de vidrio para las mujeres, y para los hombres, arneses de montura, víveres de todo género en abundancia, y un surtido de bordados y vestidos antiguos que pudo reunir en toda la provincia con el objeto de deslumbrar á sus aliados. El día señalado (5) los pehuenches en masa se aproximaron al fuerte con pompa salvaje, al son de sus bocinas de cuerno, seguidos de sus mujeres, blandiendo sus largas chuzas emplumadas. Los guerreros iban desnudos de la cintura arriba y llevaban suelta la larga cabellera, todos en actitud de combate. Cada tribu era precedida por un piquete de granaderos á caballo cuya apostura correctamente marcial contrastaba con el aspecto selvático de los indios. Al enfrentar la explanada de la fortaleza, las mujeres se separaban á un lado y los hombres revoleaban las chuzas en señal

después de haber sucumbido el Estado de Chile, fué uno el de parlamentar con el gobernador, caciques y capitanejos de la nación pehuenche, con el doble objeto de asegurar la custodia de los pasos que poseían en los Andes, y saber por ellos cualquier movimiento que hiciera por aquella parte el enemigo ». (Ofi. de San Martín al Gob. de 11 de noviembre de 1814.) El doc. adjunto trae los nombres de los 14 caciques con quienes parlamentó en 1814, siendo Neyancán el nombre del principal. El agente fué el comandante de la frontera sud de Mendoza, don José Susso y el intérprete el capellán de conversos, Fr. Francisco Inalcán. (M. S. S.)

(5) No podemos fijar la fecha, pero debe haber sido el 15 de setiembre. El día 10 anunciaba que iba á asistir al parlamento, y el 24 estaba de regreso en Mendoza, según consta de documentos. M. S. S.

de saludo. Siguióse un pintoresco simulacro militar á la usanza pehuenche, lanzando los guerreros sus caballos á todo escape en torno de las murallas del reducto, mientras que desde los bastiones se disparaba cada cinco minutos un cañazo de salva á cuyo estruendo contestaban los salvajes golpeándose la boca y daban alaridos de regocijo. La solemne asamblea que se siguió, tuvo lugar en la plaza de armas del fuerte. San Martín solicitó el paso por las tierras de los pehuenches para atacar por el Planchón y el Portillo á los españoles, que eran, según dijo, unos extranjeros, enemigos de los indios americanos, que pretendían robarles sus campos y sus ganados, y quitarles sus mujeres y sus hijos. El Colocolo de las tribus era un anciano de cabellos blancos llamado Necuñán (6), quien después de consultar á la asamblea y recoger con gravedad sus votos, dijo al general: que á excepción de tres caciques, que ellos sabrían contener, todos aceptaban sus proposiciones, y sellaron el tratado de alianza abrazándolo uno después de otro. Inmediatamente, en prueba de amistad, depositaron sus armas en manos de los cristianos, y se entregaron á una orgía que duró ocho días consecutivos (7). Al sexto día regresó el general á su cuartel general, para sacar de estas negociaciones el fin que se proponía, el que reservó hasta de sus más íntimos confidentes.

Había previsto el diplomático criollo, que los indios con su natural perfidia ó bien los caciques disidentes, denunciarían su simulado proyecto á Marcó, como en efecto sucedió; pero por si acaso no lo hacían, él se apresuró á comunicárselo directamente por medio de una de sus tramoyas habituales, á que

(6) Necuñán le llama San Martín en un oficio, y Miller Nincoyanca. Debe ser lo primero, derivado de la voz araucana, *neculu*, correr, ó sea el corredor.

(7) Véase: Miller « Memorias » t. I, p. 79-86. — Amunátegui, « Reconquista de Chile », pág. 153 y sig. — Barros Arana, « Historia de la Independencia de Chile », t. III, pág. 283 y sig.

concurrió una coincidencia también prevista. Durante la remonta de su ejército, había cortado las comunicaciones supuestas de los españoles de Cuyo con Marcó, y éste, ignorante de todo lo que pasaba al oriente de los Andes, despachó emisarios pidiendo noticias á los que de buena fe creía sus corresponsales oficiosos. La vigilancia era tal, que durante dos años, ni un solo espía realista pudo penetrar á Cuyo sin ser sorprendido por las guardias patriotas de la cordillera, prevenidas por los agentes secretos de Chile. Las últimas cartas del presidente corrieron la misma suerte. En posesión de ellas, el general hizo comparecer á los supuestos corresponsales á su presencia, — entre los cuales se contaba Castillo de Albo, — mostróles los escritos acusadores, y con aparente enojo, — y aún se dice que amenazándolos con una pistola que tenía sobre su mesa, — los obligó á escribir y á firmar las contestaciones que les dictó. En ellas anunciaba, que, « para el » 15 de octubre se aprontaba á salir de Buenos Aires una es- » cuadra compuesta de una fragata, tres corbetas, dos bergantines y dos transportes, mandada por el inglés Teler » (Taylor), cuyo objeto se ignoraba ». — « San Martín, agre- » gaban, ha celebrado en el fuerte de San Carlos un parla- » mento general con los indios pehuenches: — los indios han » entrado por todo: — veremos cómo cumplen. Reserva y más » reserva: — por falta de ella han padecido los nuestros pri- » siones y despojos. Aquí todo se sabe » (8). En otra decía: que un ingeniero francés había salido de Mendoza para construir un puente sobre el Diamante. Las cartas de San Martín despachadas con un emisario suyo, que representaba el papel de doble espía, llegaron á manos de Marcó, quien dándoles entero crédito, perdió la cabeza, y puso en conmoción á todo

(8) El borrador de esta carta supuesta es de puño y letra de San Martín, y se encuentra en su « Archivo »; vol. VIII, núm. 3, M. S. autógrafa.

el reino para precaverse de una doble invasión (9). Á la vez, participaba al gobierno, que el parlamento, tenía por objeto, que « los indios auxiliasen al ejército en su tránsito con ganados y caballadas á los precios estipulados », mientras escribía á su confidente Guido: « Concluí con toda felicidad » mi gran parlamento con los indios del sud: auxiliarán al » ejército no sólo con ganados, sino que están comprometidos » á tomar una parte activa contra el enemigo » (10). Era, como se ve, un pozo de grandes y pequeños misterios en cuyo fondo se escondía la verdad desnuda.

III

Desalentado Marcó con las alarmantes noticias de sus supuestos corresponsales de Cuyo, y por el simultáneo alzamiento de los guerrilleros de Manuel Rodríguez, que extendían sus excursiones entre el Maule y el Maipo y asaltaban las poblaciones á mano armada hasta inmediaciones de la capital, dictó una serie de medidas desatinadas y contradictorias que revelaban la perturbación de su cabeza y los pavores de su alma. Mandó fortificar los puertos y pretendió convertir algunos de ellos en islas á fin de prevenir un desembarco, al mismo tiempo que armaba una escuadrilla para salir al encuentro de la imaginaria flota de Buenos Aires. Dispuso que se practicasen cortaduras en el paso de Uspallata, que se levantara una carta de las provincias meridionales del reino y se hiciese un reconocimiento de los boquetes del Maule y del Planchón; y antes que estos trabajos estuviesen terminados, reforzó las guardias de todos los pasos de la cordillera de norte á sud. Reconcentró primero sus tropas que luego dis-

(9) Véase Barros Arana, « Hist. de la Indep. de Chile », t. III, pág. 285-287.

(10) Ofi. de San Martín al Gob. de 40 de setiembre de 1816. Doc. del Arch. gen. M. S. — Carta á Guido de 24 de setiembre de 1816. (Arch. San Martín. M. S.)

persó en gran parte, moviéndolas en el vacío; y sin encontrar dentro de sí ninguna inspiración, después de agitarse como un títere por las sugerencias de San Martín, acabó por reproducir hasta sus gestos como un mono, celebrando á imitación de él un parlamento con los indios araucanos, sin acertar á adoptar un plan racional de defensa.

El objeto del astuto general argentino estaba llenado: el capitán general de Chile pretendía defender á la vez todas las fronteras terrestres y marítimas, dispersando al efecto su ejército, y así se presentaba débil en todas partes, sin sospechar el punto del verdadero ataque. Para colmo de confusiones, los espías que despachaba á fin de obtener noticias ciertas, ó no volvían ó servían á San Martín para retornarle falsos informes que lo indujesen en nuevos errores. Sus consejeros, unos le incitaban á tomar la ofensiva, otros á perseverar en su absurdo plan expectante, y sólo uno de ellos, el que menos entendía de armas, que era el Dr. Judas Tadeo Reyes, su secretario, le indicó el que debía seguir; que era, reconcentrarse en la capital con los 5,000 veteranos de que disponía, esparciendo las tropas de milicias por el país, y esperar la invasión en esta actitud. Pero su cabeza había llegado á ese grado de perturbación en que los buenos y los malos consejos son inútiles. Él mismo se ha encargado de pintar gráficamente su deplorable estado moral en aquellos momentos (4 de febrero de 1817): « Mis planes están reducidos á con-
» tinuos movimientos y variaciones según las ocurrencias, y
» noticias del enemigo, cuyo jefe de Mendoza es astuto
» para observar mi situación, teniendo innumerables comu-
» nicaciones y espías infieles alrededor de mí, y trata de
» sorprenderme » (11).

(11) Ofi. de Marcó al Intendente de Concepción de 4 de febrero de 1817, apud. Barros Arana, « Hist. de la Indep. de Chile », donde se citan además todos los documentos que comprueban los increíbles desatinos de Marcó. Véase t. III, p. 320-391, op. cit.

Pero no sólo era el amago de la próxima invasión lo que traía desasosegado á Marcó. Sus recursos eran escasos, y con el estúpido sistema de contribuciones establecido por Osorio y continuado y exagerado por él, hasta la fuente de las exacciones estaba agotada. Para subvenir á los gastos públicos gravó la extracción de trigos y harinas y la introducción de vinos y azúcares, decretando á la vez un empréstito forzoso de 400,000 pesos cobrables entre los que gozaren de una renta anual de 1,000 pesos, sin exclusión de empleados civiles y militares, y pagadero en dinero efectivo. Estas medidas no produjeron más resultado que generalizar la desmoralización y el descontento, avivando el espíritu de insurrección de los nativos fomentado por los agentes de San Martín, que anunciaban su inmediata llegada á la cabeza de un poderoso ejército libertador, al ponerse ellos mismos en campaña.

Las guerrillas de Rodríguez, que San Martín desaprobaba ostensiblemente en cartas destinadas á caer en manos de Marcó, según se ha explicado (12), habían sistemado sus hostilidades, y sus atrevidos golpes de mano daban á la resistencia armada el carácter de una guerra de partidarios (octubre de 1816). Rodríguez en persona, asaltó y se posesionó de la villa de Melipilla. Don Francisco Salas, uno de los agentes secretos de San Martín, al frente de una partida de campesinos, atacó la villa de San Fernando, sorprendiendo su guarnición y la puso en fuga. Don Francisco Villota, rico hacendado de Curicó, otro de los agentes que más importantes servicios había prestado en el desempeño de su peligrosa comisión, suministrando dinero, caballos y pagando con su persona, se puso á la cabeza de 60 inquilinos de su hacienda de Teno, que armó á su costa, y atacó el pueblo de Curicó, defendido por el coronel español Morgado con

(12) Véase cap. IX, párrafo V, « La guerra de zapa ».

30 dragones y 50 infantes, pero fué batido, muriendo en la persecución como un valiente. El salteador Neyra, cuya presencia en las filas de las montoneras patriotas tan severamente había reprochado San Martín á Rodríguez, realizaba por su parte proezas que lo elevaron al rango de caudillo, y el general de los Andes, poco escrupuloso tratándose de hostilidades al enemigo, reconcilióse con él y le envió sus felicitaciones. Los principales jefes españoles, como Sánchez, Morgado, Barañaó y Quintanilla al frente de gruesos destacamentos, procuraban en vano apagar este incendio parcial, precursor de la invasión y de la insurrección general que debía acompañarla (13). Mientras tanto, los guerrilleros concurrían al plan de invasión, al obligar á Marcó á desprender fuerzas hacia el sud y á delibitarse en su centro, desguarneciendo el verdadero punto de ataque, que nunca llegó á sospechar. Desde este momento San Martín pudo predecir, con horas de diferencia, el día en que atravesaría « los montes », « pisaría el llano », y ganaría la batalla, según se verá después.

IV

En el campamento de Mendoza la escena cambiaba : reinaba en él la actividad metódica, y la subordinación automática á la par de un entusiasmo consciente. Una voluntad superior, que sabía lo que quería y lo que hacía, y á la cual todos se plegaban, lo ordenaba todo, infundiendo en las almas de sus soldados la seguridad del triunfo. Allí se sabía hasta lo que hacía, pensaba ó iba á hacer Marcó, mientras él no sabía ni lo mismo que quería. Todos trabajaban, cada cual en la tarea que le estaba señalada, y todos confiaban en su general.

(13) Véase sobre estas guerrillas, Barros Arana « Hist. de la Indep. de Chile », t. III, cap. XII y XIII, que es la relación más circunstanciada y exacta que de ellas se ha hecho.

Reuníanse mulas de silla y marcha y caballos de pelea; se forjaban herraduras por millares para las bestias; construíanse aparejos para acémilas; se acopiaban víveres secos y forrajes, recolectándose ganados en pie para el paso de la cordillera. Los jefes, oficiales y soldados se ejercitaban en sus respectivos deberes y oficios. El parque elaboraba cartuchos por cientos de miles. Las fraguas ardían día y noche, recomponiendo armas y fundiendo proyectiles. El infatigable Fr. Luis Beltrán ejecutaba las nuevas máquinas, con que, según su expresión, debían volar los cañones por encima de las montañas, á la manera de los cóndores. El ingenioso fraile había inventado, ó más bien dicho, adaptado una especie de carros angostos, conocidos con el nombre de zorras, de construcción tosca pero sólida, que montados sobre cuatro ruedas bajas y tirados por bueyes ó por mulas, reemplazasen los montajes de los cañones de batalla, mientras éstos los acompañaban desarmados y á lomo de mula por las estrechas y tortuosas sendas de la cordillera hasta pisar el llano opuesto. Á prevención proveyóse de largas perchas para suspender las zorras y los cañones en los pasos fragosos, conduciéndolas entre dos mulas á manera de literas, una en pos de otra, y además de rastras de cuero, que en los planos inclinados se moverían á brazo de hombres ó por medio de un cabrestante portátil.

Mientras tanto, el general en jefe, silencioso y reservado, pensaba por todos; todo lo inspeccionaba y todo lo preveía hasta en sus más mínimos detalles, desde el alimento y equipo de hombres y bestias, hasta las complicadas máquinas de guerra adaptables, sin descuidar el filo de los sables de sus soldados.

Necesitábase una conserva alimenticia y sana, que á la par de restaurar las fuerzas del soldado fuese adecuada á la temperatura frígida que había que atravesar, y la encontró en la preparación popular llamada *charquicán*, compuesta de